

*Alberto Rojas\**

República Centroafricana:  
una tragedia en tres actos

## República Centroafricana: una tragedia en tres actos

### Resumen

Esta es una historia en tres instantes, un intento de explicar un relato en tres disparos de cámara. En este caso, el retratado no es un personaje, sino un país, aunque sea uno desenfocado y precario. El protagonista es República Centroafricana, un territorio tan desconocido para el gran público que ni siquiera puede presumir de una de las pocas listas que encabeza.

### Palabras clave

República Centroafricana, rebelión, Bangui, Rusia.

**\*NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

## *Central African Republic: a tragedy in three acts*

### *Abstract*

*This is a story in three instants, an attempt to explain a story in three camera shots. In this case, the person portrayed is not a character, but a country, even if it is an unfocused and precarious one. The protagonist is the Central African Republic, a territory so unknown to the public that it cannot even boast one of the few lists it heads.*

### *Keywords*

*Central African Republic, rebellion, Bangui, Russia.*

## Introducción

Esta es una historia en tres instantes, un intento de explicar un relato en tres disparos de cámara. En este caso, el retratado no es un personaje, sino un país, aunque sea uno desenfocado y precario. El protagonista es República Centroafricana, un territorio tan desconocido para el gran público que ni siquiera puede presumir de una de las pocas listas que encabeza. Según *Forbes Internacional*, es «el país más triste del mundo» por delante de Burundi, Tanzania y Siria<sup>1</sup>.

República Centroafricana no solo se encuentra en el centro del continente africano (cuyo kilómetro cero cae geográficamente en la localidad de Zemio, que hace frontera con República Democrática del Congo), sino en una interesante rotonda en la que dan vueltas algunas de las cuestiones más decisivas para toda la región. Tanto es así que decenas de países, incluyendo a España, trabajan en este frágil Estado para asegurar que no acaba desapareciendo en el caos. De momento, y en un proceso degenerativo de unos nueve años hasta hoy, este país ha ido pudriéndose y destruyendo sus escasos cimientos con enfermedades como el enfrentamiento por los recursos, el conflicto religioso, la acción depredadora de milicias extranjeras o la limpieza étnica. Pero ¿cómo acaba un país como este convirtiéndose en un incierto terremoto en el centro del continente?

Viajemos en el tiempo hasta el año 2012. Las calles de la capital, Bangui, muestran las huellas del Imperio francés, del que República Centroafricana formaba parte, y su posterior decadencia. Las mansiones de la avenida de la Independencia, construidas hace décadas para los funcionarios galos, conocieron tiempos mejores. En líneas generales, la ciudad es segura, al menos en el centro, y como su tamaño no es exagerado, uno puede cruzarla desde el aeropuerto internacional de Mpoko hasta el Grand Café o la orilla del río Ubangui sin problemas. Estamos en época de lluvias y cada tarde descarga una tormenta al atardecer para mojar las calles polvorientas. El corazón de la ciudad, ese gran mercado llamado PK5, bulle de mercaderes musulmanes y de tiendas bien surtidas donde compran clientes cristianos sin hacer distinciones.

En la televisión nacional, el presentador del espacio de noticias confirma en otoño el

---

<sup>1</sup> HELMAN, Christopher. «The happiest (and Saddest) Countries in the World». *Forbes*. 1/1/2013.

runrún que ya se mastica en la ciudad. Varias regiones del norte se han rebelado contra el Gobierno central, encarnado por el clan del presidente François Bozizé. Los alzados se muestran molestos por el incumplimiento de los acuerdos firmados durante el año 2004 con esas regiones norteñas y se alzan en armas. Forman tres milicias en total. Se unen en una tropa que se hace llamar Seleka, es decir, «unidad» en idioma sango.

### Rebelión en el norte

No es fácil viajar en República Centroafricana. Las carreteras no son dignas de tal nombre, el asfalto desaparece a unos pocos kilómetros de la capital y cualquier trayecto implica horas y vehículos todoterreno. Por eso subiremos a una de esas avionetas que fleta el Programa Mundial de Alimentos. Nuestro destino es ese norte rebelde. Bajamos en Batangafo, una precaria aldea con un hospital gestionado por Médicos Sin Fronteras España, nuestros anfitriones. En las calles del mercado ya se aprecia que algo anormal sucede. Decenas de tipos bien armados, cargados de pertrechos y uniformes militares de diferentes colores y procedencias beben cerveza a la sombra a la espera de seguir su avance hacia el sur. En la aparente normalidad del país, empresas mineras búlgaras extraen diamantes del subsuelo en las zonas de Carnot y Boda<sup>2</sup> mientras conocidos personajes de la realeza europea, trasladados en avionetas desde el aeropuerto internacional de Mpoko, disfrutan de la caza de grandes animales salvajes en lujosos resorts en mitad de la selva.

Para atisbar algo parecido a una guerra hay que llegar hasta el extremo este, donde la guerrilla del Ejército de Resistencia del Señor de Joseph Kony, huido de Uganda, saquea y secuestra a cientos de personas y provoca el desplazamiento de decenas de miles centroafricanos y congoleños hacia las ciudades de Djema, Ovo y Zemio, donde las fuerzas especiales de EE. UU. y 1.000 soldados ugandeses peinan la selva en su busca<sup>3</sup>. En la capital, el conflicto queda muy lejos, pero no tardará en llegar. El 23 de marzo, los rebeldes Seleka entran en Bangui mientras que miles de soldados de las Fuerzas Armadas Centroafricanas (FACA), queman sus uniformes y cruzan el río hacia el Congo junto con el presidente Bozize. Solo un puñado de cascos azules

<sup>2</sup> «Dangerous Little Stones: Diamonds in the Central African Republic». *International Crisis Group*. 16/12/2010.

<sup>3</sup> BURKE, Jason. «Central Africa fears return of LRA after hunt for Joseph Kony ends». 1/5/2017.

centroafricanos resisten unas horas el fuego de los 15.000 milicianos que penetran en la capital<sup>4</sup>. Muchos de ellos ni siquiera son centroafricanos; han sido reclutados de Sudán o de Chad, y solo han venido a cobrarse el botín. Como no hay dinero que pague su soldada, Michel Djotodia, que se autocorona como nuevo presidente, les permite robar y llevarse en especie todo lo que puedan cargar. Las ONG internacionales sufren saqueos que incluyen hasta las puertas de madera de sus casas. Los coches Toyota de estas organizaciones humanitarias son convertidos, radial mediante, en *technicals* artillados que recuerdan a los vehículos de la milicia somalí de Mohamed Aidid.

La ciudad se sume en el caos. Para protegerse de estos saqueos, los barrios cristianos, que identifican a los invasores como musulmanes, crean su propia milicia a la que llaman Antibalaka<sup>5</sup> (literalmente, los inmunes a las balas del AK, en referencia al Kaláshnikov). Con el paso de los meses, en los que la convivencia se pudre, miles de adolescentes ataviados con decenas de «grigris» (amuletos colgados al cuello) se hacen con machetes o armas de fuego caseras. Identifican a los seleka con la población musulmana con los que comparten religión, pero poco más. La misión católica y el imán de Bangui tratan de bajar la tensión sin éxito. Las matanzas no tardan en llegar, pero alcanzan su momento álgido el 5 de diciembre de 2013. Una ofensiva de los antibalaka sobre el barrio musulmán, separado de otro núcleo cristiano por la Avenue de France, se convierte en una carnicería.

Mueren 3.000 personas en una degollina que llena la calle de cuerpos mutilados. La ciudad arde con la combustión del odio. Unos y otros se lanzan a perseguir al contrario. Vecinos cristianos esconden en sus casas a musulmanes y viceversa. Los que no pueden huir son asesinados. Para evitar que el enemigo vuelva a su barrio, arrojan a los muertos a los pozos de agua para contaminarlos. Eso sucede, por ejemplo, en el distrito 3, junto al aeropuerto. Los occidentales huyen en masa. Solo quedan en la ciudad unos cuantos valientes. Uno de ellos es José Carlos Rodríguez Soto, periodista de formación y, durante 20 años, sacerdote en Uganda. Otro es el dueño bretón del restaurante Le Relais des Chasses, que no cerrará ningún día pese a la emergencia que se vive en las calles.

---

<sup>4</sup> ANDRÉ, James. «República Centroafricana: al encuentro de los golpistas rebeldes». *France 24*. 1/8/2018.

<sup>5</sup> ESSA, Azad y FURCOI Sorin. «Church shelters Muslims fleeing Anti-balaka» *Al Jazeera*. 17/6/2017.

### Hacinamiento junto al aeropuerto

Así que llegamos al segundo instante de este relato. Aterrizamos en el aeropuerto internacional de Mpoko y la primera imagen que tenemos de la ciudad tras aterrizar es el enorme campo de desplazados que se ha montado, de forma improvisada, en un cementerio de aviones junto a sus pistas. 25.000 cristianos han llegado hasta aquí partiendo a pie desde el cercano distrito 3 al abrigo de la base militar francesa junto al aeropuerto, uno de los más precarios del mundo. Lo guardan grupos de antibalaka que permiten pasar a los periodistas y hacer fotos del enorme desastre humano que se extiende bajo las alas de los aviones que antes servían para trasladar sacas de diamantes desde el interior o cazadores en busca de elefantes. Sin comida y bebiendo agua no potable, muchos mueren y son enterrados allí mismo<sup>6</sup>.

Los galos, con la Operación Sangaris (el nombre de una mariposa local), tratan de pacificar el país. La Unión Europea también envía a militares de varios países en la misión EUFOR RCA, entre ellos, España. Un grupo de guardias civiles y soldados del Ejército de Tierra patrullan las calles. Los franceses no se bajan de los blindados y no son bienvenidos por ninguno de los dos bandos. Van con las armas apuntando a las aceras por las que se mueven los centroafricanos. Los españoles, en cambio, colocan su bandera bien visible sobre los vehículos blindados Lince, van a pie y llevan el arma hacia arriba. Bangui los recibe mucho mejor. Los cementerios se llenan de muertos, pero muchos familiares no pueden cruzar la ciudad para enterrar a los suyos y lo hacen en los jardines de sus casas. Poco después se conocerán varias denuncias bien fundamentadas sobre violaciones y abusos de soldados franceses a menores en esa misma base junto al campamento.

---

<sup>6</sup> ROJAS, Alberto. «En el limbo de los refugiados». *El Mundo*. 20/6/2015.

En el único hotel de la ciudad con cinco estrellas y con un wifi decente, el Ledger, Michel Djotodia ha tomado posesión de la suite presidencial. Pero al Ledger volveremos más adelante. Muchas mezquitas se llenan de cristianos en busca de protección y lo mismo puede decirse de los musulmanes que buscan salvar su vida en el interior de las iglesias. En Bangassou, una pequeña localidad del sur del país, el obispo Juan José Aguirre se convierte en escudo humano para proteger a 1.000 musulmanes de los antibalaka que pretendían matarlos. Monseñor Aguirre describía así el ataque: «Querían matar a toda persona musulmana por el hecho de serlo. Les disparaban como a conejos». Ninguna de las dos facciones religiosas radicaliza su postura. Ni hay yihadistas ni los cristianos adoptan tampoco credos fanáticos. Da igual, porque el odio va por otro lado y la religión es la cortina de humo que lo cubre todo.

Y así, desde ese conflicto entre rebeldes norteros y un Estado fallido al sur que solo podía fracasar, se creó una guerra por los recursos que escaló hacia el choque religioso por el origen de unos y los celos de los otros, cuando en realidad siempre habían vivido juntos y ambos se necesitaban. Esos 15.000 milicianos sudaneses y chadianos que acompañaban a la tropa Seleka no ayudaron, precisamente, a que en Bangui entendieran las razones de la rebelión, pero ya era demasiado tarde. Sin embargo, antes de hacer otro nuevo salto en el tiempo, visitemos a los soldados españoles que residen en los terrenos de una antigua fábrica textil. Lo han bautizado como Camp Moana-Ucatex.

### **Ejército sin relato**

El coronel Martín, jefe del contingente, nos recibe con un café bajo el aire acondicionado de su oficina en Bangui. Su misión es entrenar y dotar de legitimidad las recién reconstruidas FACA. «No voy a decir que las Fuerzas Armadas centroafricanas no existan, pero sí que solo existen sobre el papel. No tienen equipo, ni mando ni instalaciones. Y el nepotismo es la regla, mientras que el mérito es la excepción. Es un ejército sin un relato», nos cuenta. Tiene un mapa detrás de él, colgado en la pared, con las diferentes regiones y ciudades de un país que solo existe en la capital y se disipa unos kilómetros más allá. «República Centroafricana está en la franja sur del Sahel. La zona limítrofe interesa a Europa por asuntos como la inmigración y el terrorismo. Somos los segundos contribuyentes en hombres y material, solo por detrás de Francia». Los

soldados españoles tienen tres Lince blindados. Patrullan con dos banderas: la nacional y la centroafricana. Procuran sonreír y jugar por las tardes al fútbol con los senegaleses de la Unión Africana que residen en la misma fábrica. «Tenemos que hacer algo de deporte. Con lo bien que comemos en la cantina uno corre el riesgo de engordar», reconoce uno de los soldados que ejerce de conductor<sup>7</sup>.

Vamos a dar el último salto en el tiempo para entender cómo de una guerra por los recursos pasamos a un conflicto religioso y, tras él, a una atomización de grupos armados al servicio de señores de la guerra sin ideología ni más agenda política que su bolsillo. Y, en realidad, no es algo nuevo, porque República Centroafricana, desde su independencia de Francia en 1960, no ha conseguido estabilizar un Gobierno en el poder. Cada siete u ocho años ha sufrido un golpe de Estado, muchos de ellos a manos de dictadores sangrientos y crueles como Jean-Bédél Bokassa, héroe de la Segunda Guerra Mundial con el Ejército galo y autocoronado emperador, como Napoleón Bonaparte, y que no cayó hasta que otra asonada militar lo sacó del poder en 1979. La vida de Bokassa fue fastuosa. Acumuló cuatro castillos, un hotel, una villa y un avión privado. Como atestigua el periodista Jaime Peñafiel, uno de los invitados a su coronación en la mansión que tenía en medio de la selva, Bokassa comía carne humana que ofreció a sus comensales sin indicarles su procedencia. Según el reportero, «la carne estaba muy buena». Hay muchas fuentes que aseguran que este sátrapa era caníbal y que disfrutaba degustando a sus esposas o niños asesinados por sus fuerzas de seguridad en Bangui. Incluso, según el diario soviético *Izvestia*, se comió «al único matemático del país».

Uno de sus hijos todavía vive y es posible no solo entrevistarse con él, sino que pueda indicar la ubicación exacta de la mansión de su padre a las afueras de Bangui. Pero estamos en enero de 2018, repetimos, y en este momento hay nuevos inquilinos en ese Versalles africano<sup>8</sup>. Todos en Bangui han reparado en la ruidosa presencia de un grupo de rusos que andan bebiendo más de la cuenta y salpicando a todos los consultores de Naciones Unidas en la piscina del Hotel Ledger (sí, de nuevo el hotel fundado por Gadafi en el que vivió Djotodia). Si la misión de los mercenarios rusos del Grupo Wagner era pasar desapercibidos, no lo consiguen. En unas horas, todos los ejércitos desplegados

<sup>7</sup> ROJAS, Alberto. «Un pelotón español en plena guerra centroafricana». *El Mundo*. 30/8/2015.

<sup>8</sup> KLASS, Brian. «El emperador caníbal de Bangui y el conflicto olvidado de África». *Vice News*. 25/9/2014.



en Bangui, incluidos un grupo de estadounidenses pertenecientes a las fuerzas especiales que buscan a Joseph Kony, ya saben que Moscú había puesto un pie en el país, y ese pie había levantado polvareda.

### Llegan los rusos

Donde más impacto causa la llegada de los hombres de Wagner es en la antigua fábrica textil (Camp Moana-Ucatex) donde hemos visitado a los españoles años atrás y donde volvemos. Ahora el personal se ha reducido a seis oficiales y un conductor como complemento al despliegue portugués. Es el general luso Maio el que nos recibe esta vez. Por debajo de la amabilidad del oficial, se esconde un enfado que no tarda en aparecer: «Los rusos han venido a desestabilizarnos. Llevamos meses formando a estos soldados centroafricanos y ahora dicen que van a formarlos ellos por su cuenta en armamentos nuevos que no hemos visto y del que ni han informado». Efectivamente, Vladimir Putin ha visto la oportunidad de ganar influencia en el continente y ha puesto en marcha una operación para hacerse fuerte en el kilómetro cero de África. Su acuerdo con el Estado centroafricano, aún secreto, incluye desplazar algunas fuerzas a Sudán y Chad, donde se supone que tienen ese armamento aún prohibido por Naciones Unidas, para estudiarlo bien. La base principal está en el antiguo palacio de Bokassa, donde ofrecía carne humana a sus invitados. Tres periodistas rusos independientes que han venido a investigar la presencia militar de Moscú aparecen muertos en esa carretera<sup>9</sup>. Nadie ha visto nada. Pero los rusos no son los únicos que han llegado para quedarse. En la avenida de la Independencia, un edificio que supera todos los demás en tamaño destaca en el horizonte de Bangui. Se trata del Banco de China, mascarón de proa de la estrategia comercial de Pekín para seguir su «neocolonización», como la llaman los embajadores europeos, a golpe de construcción de carreteras, hospitales e infraestructuras, aunque sean *low cost*.

Visitemos, para hacernos una idea, el Hospital Communautaire de Bangui. Cada noche, desde el centro de la ciudad, pueden escucharse ráfagas de disparos. Ahora sabemos, sala por sala, a quiénes van a parar las balas. Jóvenes, algunos casi niños, esperan a

<sup>9</sup> BONET, Pilar. «Las sombras alrededor del asesinato de tres periodistas rusos en África». *El País*. 2/8/2018.

ser atendidos o tratan de recuperarse de agujeros de proyectil. Alguno de ellos, incluso, ha llegado a preferir el brazo o la pierna por ello y permanecerán mutilados para siempre. Todos pertenecen a tal o cual milicia. Son tantas que ninguno sabe a ciencia cierta dónde acaba el control de su grupo armado y dónde empieza el del siguiente. Pero, en las salas del hospital, todos vuelven a ser adolescentes asustados. Conocemos al doctor Bertrand, el único traumatólogo del país, y vemos una cura a un chico al que una bala le ha dejado un hueco en un gemelo en el que podría caber un puño. El sistema sanitario del país no tiene ni para pagar a su escaso personal, algo que compensa la ONG Médicos Sin Fronteras, responsable de la gestión de dos tercios de estructuras sanitarias del país.

Esta misma ONG nos ayuda a viajar al norte del país. Esta vez no iremos a Batangafo, como en 2012, sino a Kabo, una localidad fronteriza con Chad. Este lugar tiene mucho interés para un periodista que quiera ver cómo va mutando la guerra. Kabo es un lugar de tránsito, y eso la convierte en una aldea corrupta incluso para los niveles de corrupción del país. El tráfico de armas, desde el otro lado, es diario y hay hasta un pequeño quiosco donde venden AK47 y las dejan probar disparando al aire. La pequeña avioneta Cessna, similar a la que usan los narcos en Centroamérica, aterriza en una pista de tierra en medio de la nada ocre. En teoría, hemos pasado al otro lado del país. Si en Bangui manda el Gobierno de Faustin-Archange Touadéra, aquí mandan lo que queda de las milicias Seleka que tomaron, en 2013, el resto del país<sup>10</sup>.

### Regreso al norte

El hospital se mantiene vivo gracias a la organización humanitaria que paga al único doctor de toda la región. Varios rebeldes entran en el hospital y son obligados a dejar sus afilados cuchillos en la garita. Visitan a un compañero herido. No es que el frente de batalla esté cerca, es que hay tiros todas las noches con bandas de maleantes y salteadores que, ante la situación de pobreza sin horizonte, tratan de robar a las dos ONG presentes. Por la noche, los perros ladran ante cualquier movimiento extraño. A la tercera, se escuchan ráfagas de disparos. Un hombre muere y dos resultan heridos al intentar saltar el muro de la otra ONG del pueblo para robar material informático de sus

<sup>10</sup> DEIRÓS, Trinidad. «República Centroafricana: la invención de un conflicto religioso». *IEEE.es*. p. 6. [http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs\\_opinion/2014/DIEEEE067-2014\\_RCA\\_InvencionConflictoReligioso\\_T.Deiros.pdf](http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2014/DIEEEE067-2014_RCA_InvencionConflictoReligioso_T.Deiros.pdf).

oficinas. Al día siguiente, el señor de la guerra que manda en tan desarrapada tropa, y que solo obedece a sus propios intereses, se hace llamar Idrissa Mohamed. Lleva gafas de sol de espejo y no para de fumar. No podremos hacerle fotos ni grabarlo en vídeo, tan solo tomar notas. Por supuesto, asegura que la ciudad es segura, que no hay ningún problema con las armas y que tiene todo bajo control. Sin terminar la frase, una bala atraviesa zumbando el pueblo hasta chocar con un árbol a escasos centímetros de la cabeza de este reportero y de su compañera polaca de Médicos Sin Fronteras. Mohamed ni se inmuta, y sigue con su discurso de la seguridad. Poco después nos contarán que la bala no iba destinada a nosotros y que el que la disparó solo pretendía comprar un arma en la tienda del pueblo. El señor Idrissa comanda una milicia que tiene a chadianos en sus filas, todos de religión musulmana. En cambio, rompió relaciones con otro de los grupos armados considerados «musulmanes» que ahora tiene la capital en Bambari. Para luchar contra ellos, se alió con sus fanáticos enemigos, los antibalaka. Y así, la guerra se atomiza en una variedad de ejércitos privados en los que no faltan los apellidos «popular», «democrático» o «de liberación».

Evidentemente, interpreta un papel, porque en esa zona del país, además de la guerra abierta contra el Gobierno de Bangui, tienen otra guerra que combatir de orígenes más confusos. No nos quedamos tranquilos con su falsa versión idílica de la paz en esta región y vamos a ver al sacerdote del pueblo, un cura en zona de invasores de religión musulmana, pero con muchos vecinos cristianos todavía. El padre Ferdinand nos cuenta una realidad muy diferente. No solo él está amenazado de muerte, sino todo aquel que tenga unas tierras, ya sea musulmán o cristiano. Le preguntamos que quién es el que los amenaza. «Ellos, los pastores fulani, los que vienen del norte y se han aliado con los ex-Seleka». Y así llegamos, de nuevo, a otra de las guerras que laceran a este país, la de los ganaderos peul o fulani, el pueblo nómada más grande del mundo, y los agricultores sedentarios que se van encontrando por el camino<sup>11</sup>. «Jamás habían llegado tan abajo en el mapa con tantas cabezas de ganado, pero con la impunidad que tienen pueden arrasar campos de cultivo a voluntad. Sus vacas se lo comen todo. Los cultivadores no pueden protestar porque la autoridad, del mismo origen, religión y lengua de los fulani, no va a hacer nada», nos dice el sacerdote.

<sup>11</sup> VV. AA. «The arrival of thousands of Peuls with millions of cattle destabilizes the south-east» says Mgr. Aguirre». *Agenzia Fides*. 23/5/2019.

Los peul o fulani parten de países del Sahel como Senegal, Burkina Faso, Níger, Mali, Nigeria o Chad y viajan buscando pastos verdes entre fronteras porosas. Por el efecto de la sobreexplotación de la tierra, el cambio climático y la escasez de lluvias cada vez viajan más al sur. Pedimos permiso para visitar uno de sus campamentos cercanos a Kabo y nos lo dan. A unos kilómetros, unas cuantas familias nos esperan en sus jaimas. Las mujeres aseguran que casi todos los hombres han ido hacia el sur con los rebaños, pero que se quedan unas cuantas cabezas para consumo propio de leche y mantequilla. Cuando les contamos las quejas de los agricultores del pueblo, ellos aseguran que es falso, que ellos son pacíficos y que ni siquiera llevan armas. Nos dan a probar una leche recién ordeñada, cuyo sabor no tiene ya nada que ver con la leche comprada en cualquier supermercado y volvemos a Kabo. De camino, atravesamos varios campos de cultivo. Están arrasados. El ganado se ha comido todas las hortalizas. El conductor nos advierte que las armas no están a la vista, pero que por supuesto que las llevan. «Esto es un polvorín. Cada pueblo de la zona tiene los mismos problemas. La gente se muere de hambre y no tardará en revelarse contra estos pastores que han dejado pasar los ex-Seleka», asegura mientras conduce por el camino de tierra.

### Atomización de conflictos

De vuelta a Bangui regresamos al distrito 3, ese barrio junto al aeropuerto del que salieron corriendo 25.000 personas para refugiarse bajo las alas de unos aviones que nunca volverían a volar. Solo quedan muñones quemados de lo que una vez fue un barrio populoso. Los pozos, con muertos arrojados al agua, están contaminados. Las paredes aparecen ya vacías, con la pintura descascarillada y agujeros de bala. El silencio es estremecedor. Hay tumbas en los jardines. Los caminos están llenos de chatarra inservible de vidas pasadas. Máquinas de coser oxidadas, una moto quemada, una iglesia saqueada, donde los folios desparramados de la contabilidad eclesial aparecen desparramados por el suelo y montañas de coches calcinados que una vez fueron una barricada.

Casi ocho años después, la guerra, la principal guerra, está muy lejos de terminar, pero las otras, los conflictos laterales no han hecho más que comenzar: Joseph Kony, aún libre con su Ejército de Resistencia del Señor moviéndose y saqueando en la selva; los peul y su incansable avance hacia las tierras cultivables del sur; y esos señores de la guerra cristianos o musulmanes ya sin agenda política a la que obedecer salvo el impulso depredador de su propio bolsillo.

*Alberto Rojas\**

Reportero del diario *El Mundo*,  
especializado en África y migraciones